

# **El olor de las vacas**

**A mis abuelas Saturnina y Victoriana,**

**a mis abuelos Jose Antonio y Antonio**

**a todas aquellas personas que me**

**enseñaron a amar el campo y**

**me conectaron con la tierra ,**

**especialmente a mi tío abuelo Juan.**

**M**i abuela era una mujer extraordinaria, jamás conocí a nadie como ella y hoy, cuando rasgo la linealidad del tiempo situándome en mi infancia, me doy cuenta que su ternura se coló en mi alma y me ayudó a dibujar y crear la mujer que hoy soy. Es como si estuviera hecha de pedacitos de experiencias y personas, que dejaron las huellas que me han ido modelando, algunas veces suavemente y con delicadeza y otras a golpes fuertes y con la humedad del llanto. Y entre todas esas huellas, anclada fuertemente, está la de mi abuela, germinando en mi ser como pocas otras.

Yo me crié en la ciudad, aunque gracias a dios me salvaron los veranos y las vacaciones que pasaba con mis abuelos en el campo. Aún se inyecta en mi la imagen cada vez que llegaba a su casa, ella me esperaba ansiosa, siempre con su mandil azul, su falda larga y su pelo recogido en un moño informal, y más aún me transporta el olor a leña y al rico pastel que esperaba en el horno mi llegada, y que no lograba ocultar el tenue olor de las vacas que se impregnaba en la piel de mi abuela como un dulce perfume. A menudo ella se disculpaba por este intenso olor del que le costaba desprenderse, pero no sabía que a mi me encantaba, que me arropaba suavemente transportándome a su mundo, que me agarraba y no me soltaba, me atrapaba fuerte y me recordaba el intenso presente que vivía cuando estaba con mi abuela.

El olor de las vacas y la leche, el de la leña, los pasteles y el pan en el horno, la cera de las abejas, las hierbas, los jabones,....Hoy llevo clavados en mi alma esos olores y aunque quisiera no podría desprenderme de ellos, me corren por las venas, se incrustaron en mi entonces y me anclaron al mundo como fuertes raíces. Todos esos aromas me transportan a aquel mundo de amor y ternura, de simplicidad, de naturaleza preñada de abundancia.

Me encantaba ayudar a mi abuela, todo era tan diferente en su casa, como si aterrizara en otro universo paralelo, donde no había ni luz, ni tele, ni las voces de los vecinos o los ruidos de los

coches. En cambio, se balanceaba en el aire la luz tenue y misteriosa de las velas, los cuentos y las historias de otros tiempos enfrente de la chimenea me invitaban a mundos fantásticos y olvidados, y el silencio poderosamente presente se quebraba con los cantos de abubillas, tórtolas, rabilargos y otros pájaros, con el mugido de las vacas, con el cacareo de las gallinas o con el suave balanceo de los árboles al compás del viento. Nos levantábamos temprano e íbamos a ordeñar las vacas. Cuanto le costaba a mi pobre madre levantarme para ir a la escuela y sin embargo saltaba de un brinco al primer muuh! que escuchaba, a menudo ni siquiera permitía al sol calentarme con los primeros rayos que se colaban por la ventana. Abuelo siempre se levantaba el primero e iba a buscar el pasto seco para darlas de comer mientras ordeñábamos a las vacas, Margarita y a Violeta. Nos llevaba un rato, abuela tenía mucha práctica y hacía salir de las tetas de Margarita ríos de leche que al caer sobre el cubo de metal espumeaban el resto de esta, era como un suave compás, siempre el mismo ritmo rápido, a doble tiempo. A mi, sin embargo me costaba un poco más llevar el mismo ritmo y mis pequeñas manos ni siquiera podían cubrir aquellos pezones inmensos. Margarita era siempre la primera y así tenía que ser, decía mi abuela, que para eso ella era la más vieja y la más grande, y porque además, si no, se ponía brava. Tenía su carácter la vaca. Violeta sin embargo era más dócil y parecía como si todo le fuera bien, era joven y más dinámica, eso sí. Cuando abuela ordeñaba a Margarita, ella venía y apoyaba su inmensa cabezota en la espalda de mi abuela, ¡aquí viene la "mimosona"! Decía siempre mi abuela y la mandaba conmigo para que la dejase ordeñar tranquila. Yo le propinaba los cariños que Violeta reclamaba y todos contentos. Ella después me agradecía mis mimos regalándome el primer vaso de leche, que mi abuela sacaba para mí, mientras yo ponía el vasito. Tomatelá rápido, me decía, que esta es la mejor leche de todas, el primer vasito te hace crecer fuerte y alta, alta hasta la luna. Claro que yo no la creía de veras, pero me gustaba imaginarme que crecía hasta la luna y podía acariciarla, mientras me estaba tomando mi vasito de leche tibia recién ordeñada.

Después de ordeñar y con los cántaros llenos de leche, abuelo metía estos en su vieja furgoneta blanca y se iba al pueblo de al lado a repartirlos. Abuela había separado ya la leche para la casa, la

dejaba en la cocina y acompañábamos a las vacas al prado correspondiente, que iba cambiando de cuando en cuando. Allí las soltábamos y se pasaban el día hasta que al atardecer abuelo volvía a buscarlas para llevarlas al establo.

Al llegar a casa de vuelta desayunábamos las frutas que hubiera maduras en aquel momento en los árboles, el pan y la mantequilla que hacía la abuela y la dulce mermelada que abuelo preparaba siempre durante el verano.

Además de las vacas los abuelos tenían una burrita blanca que se llamaba Marcela y que sólo me dejaba a mi montar encima, bueno y a mis primos; también tenían las gallinas y claro, las abejas. Mi abuelo me llevaba de vez en cuando con él a recoger la miel, teníamos que enfundarnos en esas escafandras, a mi me parecía como si fuéramos astronautas explorando un nuevo planeta y de alguna manera así me sentía yo también. Con mi traje de astronauta me elevaba al cielo y mis melenas se soltaban enredándose con las estrellas, la gravedad se desvanecía y yo flotaba en el infinito, hasta que el zumbido de las abejas se resbalaba por mis oídos reclamándome de vuelta con mi abuelo e invitándome al dulce manjar de la pegajosa miel resbalándose entre mis labios y colándose juguetonamente hasta mis entrañas donde repartía toda su energía.

Abuela sabía muchísimo de plantas y le encantaba recogerlas en el campo, las guardaba en una habitación muy especial junto con las semillas que también almacenaba. Cada vez que entraba en ese lugar me parecía estar visitando la casa de una bruja donde se preparaban las pócimas y los ungüentos. Me encantaba jugar allí cuando ella me dejaba, imaginaba que yo era la bruja y que salvaba el mundo con mi magia y mis hierbas, volaba en mi escoba hacia las estrellas y podía ver todo desde arriba. Allí abuela preparaba cremas, aceites y jabones y me contaba las mil y una maravillas de muchas de las plantas que tenía. Si alguna vez yo me ponía malita, ella me daba alguna de sus hierbas, nada que ver con los polvitos naranjas que venían en un sobre a los que yo estaba más acostumbrada. Hoy el sabor de la infusión caliente de tomillo con miel y limón permanece en nuestro recetario familiar. A veces mi abuela se lamentaba y decía que si hubiera

podido estudiar hubiera estudiado todo sobre las plantas, pero que cuando ella era joven las mujeres no iban a la universidad, sólo trabajaban en casa. Cuando hablaba sobre eso se desprendía de ella una tristeza siempre escondida que sólo dejaba destaparse y salir de su alma en esos momentos de melancolía. Aún así a mi me parecía que ella y mi abuelo sabían muchísimo, para mi eran un pozo de sabiduría y aún lo son. No escriben libros, ni dan clases en la universidad, pero saben todo lo que hay que saber para sobrevivir, para vivir de manera armoniosa con la naturaleza, sin dañarla, sin explotarla y quién sabe si con los tiempos que corren hoy en día esos conocimientos no serán más valiosos que muchos de los que la mayoría tenemos sobre ordenadores, móviles y otros aparatos electrónicos, o sobre las cosas que ocurren en cualquier lugar del mundo. A menudo me hago esas preguntas, ¿qué conocimiento es realmente más útil? y ¿cuál es la sabiduría que estamos perdiendo? La generación de mis abuelos está acariciando ya la muerte, muchos de ellos ya se fueron y se llevaron consigo su conocimiento. Me entristezco cuando veo marchar toda esa sabiduría sepultada en esos cuerpos marchitos, cuando no les escuchamos o les apartamos como si ya no tuvieran nada útil que ofrecer, pero tal vez en ellos esté la llave del futuro.

Mi abuela sabía qué plantas había que recoger para los animales, cuándo era mejor recogerlas, cómo había que hacerlo, como había que almacenarlas, incluso sabía qué plantas silvestres se podían recoger para nuestra alimentación cuando no había otras verduras que comer en la huerta o simplemente por gusto. Cuanto disfrutaba yo cuando íbamos a buscar cardillos, espárragos, niscalos trufas o bellotas. Entonces yo jugaba que buscábamos tesoros escondidos, que abuela era una hada madrina que me enseñaba los caminos secretos y que esos tesoros eran tesoros perdidos de los duendes y teníamos que encontrarlos para devolvérselos. También sabía cuáles eran las hierbas que aliviaban el dolor de estómago, de garganta e incluso del mal dormir.

Había ocasiones en que mis primos venían a pasar unos días y entonces era más divertido todavía. Cuando nos juntábamos todos más los niños de los vecinos éramos una pandilla de unos 12. Nos lo pasábamos pipa, jugábamos sin parar, hacíamos cabañas, nos bañábamos en el río, dábamos paseos

en bicicleta,... Pero lo más divertido de todo era cuando mi tío abuelo Juan nos llevaba de excursión a todos. Salíamos tempranos por la mañana con una mochilita con comida y agua, bajábamos el monte atravesando los campos de maíz hasta el río y allí caminábamos por su ribera durante horas. Cuando nos atrapaba el calor hacíamos una pausa para bañarnos, así nos desprendíamos de éste por un rato, aunque siempre nos esperaba agazapado a la vuelta de la esquina. Después de enredarnos con el agua seguíamos, descubriendo ranas, renacuajos, peces, culebras, pájaros, raros insectos, nidos,... El tío Juan nos contaba increíbles historias sobre todo lo que lo que iba apareciendo ante nosotros y todos teníamos la boca gran abierta y los ojos clavados en lo que nos mostraba. Nos parecía todo un universo nuevo cuando él nos lo explicaba, no es que nunca antes no hubiéramos visto esas cosas, pero el poseía la magia del encantamiento de los niños tal vez. Todos le adorábamos.

Después de caminar bastante a la vera del río llegábamos a un viejo molino donde antiguamente se molía el trigo. A simple vista no era más que un viejo edificio con una rueda enorme, pero a nosotros nos fascinaba, el tío Juan nos contaba historias de cuando él era pequeño y lo había visto funcionar, nos explicaba cómo funcionaba toda la maquinaria sólo con la fuerza del agua, incluso decía que algunos de esos molinos podían generar electricidad; nosotros chiquillos de la ciudad mirábamos y tocábamos todo con perpleja curiosidad e inocente admiración.

Cuando finalmente habíamos ya llegado al molino, estábamos todos muertos de hambre, así que nos sentábamos a la ribera del río a la sombra de las encinas y de los olivos y nos comíamos los bocadillos que abuela había preparado, el rico pan, el rico queso, la rica tortilla,... ¡todo nos sabía a gloria!

Jamás olvidaré aquellas excursiones. Alguna vez he vuelto a pasear por aquel lugar ya de adulta, afortunadamente el sitio no ha cambiado mucho, cuando voy los olores y sonidos se me suben por la piel como hormiguitas queriendo hacerme cosquillas, invitándome a transgredir el tiempo, confundiendo el pasado con el aquí y ahora, emborrachándome de recuerdos. Igual que me ocurre cuando me acerco a aquella vieja e inmensa encina que había cerca de la casa de mis abuelos. A mis

primos y a mí nos encantaba ir a jugar a su sombra y más aún subirnos encima. La gente del pueblo decía que era el árbol más viejo de la comarca, que tenía más de 300 años y que por esa razón se le tenía un gran respeto y no había sido tocada como tantas otras de sus hermanas. Me encantaba trepar por ella hasta lo más alto, cuando no me veía mi abuela claro, pues le hubiera dado un ataque si me hubiese encontrado subida en la cima del mundo, así es como nos gustaba llamarle, desde allá arriba podíamos ver todo el pueblo, incluso el río.

Yo había ya visto árboles más altos antes, pero creo que ninguno era tan majestuoso como ese. Supongo que lo mismo debió pensar aquella cigüeña el año que la escogió como sede para construir su nido. Desde ese día tuvimos que compartir el árbol con ella, pero tampoco nos importaba mucho, sólo que nuestras visitas se vieron reducidas a las temporadas en las que ella emigraba a África.

Subida a horcajadas sobre sus ramas, en lo alto, me creía grande y poderosa, invencible. Sentía curtir mi piel con su corteza fuerte y áspera y sus hojas pequeñas y fuertes. No sé muy bien por qué años después cuando subí por primera vez a lomos de un caballo me acordé de la encina, claro que aquella no se movía, pero igual desprendía la vida por sus contornos, tranquila, inmutable, pero vigorosa y fuerte como el caballo bajo mis piernas. No sólo fueron las cigüeñas con las que compartimos las visitas a la encina, a veces había tórtolas, abubillas, jilgueros y muchos otros pajarillos que encontraban descanso sobre sus ramas. Incluso algunas noches cuando paseábamos al fresco del verano nos sorprendían las lechuzas y un majestuoso Buho real que apodamos como “el guardián de la noche”. Desde luego que era muy concurrida aquella vieja encina.

Las golondrinas, sin embargo, volaban muy cerca de la casa de mis abuelos y me encantaba cuando aparecían por primera vez porque anunciaban la primavera, la llegada del calor. Admiraba muchísimo los hermosos nidos que construían en las cornisas de la casa, eran unas grandes arquitectas creando sus hogares con bolitas de barro y tan perfectos...

Pero sin duda alguna las que más me maravillaban eran las grullas, cuando aparecían en invierno regalándonos ese fantástico espectáculo. A menudo me perdía su llegada porque coincidía que yo estaba en la escuela y viviendo en la ciudad entonces, pero en una ocasión un viaje imprevisto de

mis padres me brindó la oportunidad de encontrarme en el lugar adecuado y en el momento oportuno. Abuelo me llamó corriendo, ¡ven de prisa, hay un montón de señoritas pasando por aquí!- decía. Pocos espectáculos naturales me han causado tanta impresión como las bandadas de grullas pasando sobre mi cabeza. De repente, en el azul intenso del cielo irrumpían centenares de siluetas negras bailando con la brisa del norte, rompiendo el silencio y la tranquilidad rural con sus escandalosas conversaciones. ¡Qué ruidosa elegancia!, sus siluetas tan esbeltas y finas, sus pelajes y andares como si procedieran de avifauna de alta cuna y a su vez sembrando los campos con esos escandalosos griteríos, haciendo de ellas unas criaturas de divertida mezcla. Mi abuelo no quería que se acercaran a sus campos de cereales porque eran tantas juntas que podían causar grandes daños, así que siempre las espantaba; a mí me daba pena porque quería verlas de cerca pero entendía la preocupación de mi abuelo. En cierta ocasión me llevó al pantano para que pudiéramos deleitarnos con su presencia, nos escondimos tras unas encinas y unos matojos y pasamos un par de horas de lo más entretenidos.

Cuando la noche se acercaba me invadía la curiosidad, se acercaba la hora de caminar hacia el reino de la fantasía donde mi abuela custodiaba maravillosos cuentos, que dejaba salir al caer la noche y así hadas, duendes, caballeros, heroínas y héroes, sirenas y grandes misterios se liberaban de sus cadenas diurnas y conquistaban la noche, enredándose entre las sábanas de mi cama y acomodándose en mi almohada. Mi abuela tenía una fértil imaginación que parecía incluso crecer con los años. También le gustaba contarnos las historias de nuestros antepasados que habían viajado de boca en boca por las mujeres de la familia. A veces los límites entre la fantasía y la realidad se desdibujaban volviéndose borrosos y yo no sabía muy bien si eran los cuentos o las historias familiares. Mi abuela me regaló la máquina del tiempo, su suave voz se me resbalaba por los oídos e iba inundando mi cuerpo hasta cautivar todas mis células y mandarlas de viaje a otras épocas pasadas desconocidas para mí. Cuando me explicaba como se vivía antes me parecía que la realidad superaba a la ficción. Aún hoy, pienso muchas veces en los cambios que han tenido que ir

asimilando su generación, cuando nacieron no había televisión ni automóviles y hoy día los teléfonos móviles, internet y las nuevas tecnologías, inundan muchas facetas de la vida cotidiana.

Haberse criado entre dos mundos tiene sus ventajas indudablemente. Aproveché bien de todo lo que la ciudad podía ofrecerme, la cultura, la educación, el ocio, etc.,..Y a menudo me zambullía en el campo, en la vida rural, que me ofrecía la tranquilidad, el descubrimiento, la conexión con la naturaleza, la fantasía. Hoy elegí el campo para situar mi vida y mientras escribo miro por la ventana y dejo que el verde de los árboles y el claro azul del cielo inunden mi alma, que los pájaros trinando me deleiten con su música. Disfruto viendo como mis hijos crecen sanos, fuertes y felices, sin límites físicos a su desarrollo, su imaginación y su creatividad; seguro un día ellos sienten esa atracción por la ciudad y afortunadamente estarán ahí sus abuelos para ayudarles a descubrirla, como hicieron en su día los míos para descubrirme el campo.

Hoy en día los límites parecen desdibujarse un poco y la vida urbana toma posesión de los ámbitos rurales, podemos vivir en los pequeños pueblos o incluso en el campos con mucho de lo que se tiene en la ciudad: televisión, electrodomésticos, móviles, ordenadores, internet, etc,.. Pero me pregunto si la ciudad no debiera también “ruralizarse” un poco más y tener más contacto con el aire puro, la tierra, las plantas, los animales, en fin,..¡LA VIDA! Me pregunto también si no debiéramos también quizás, como sociedad, en vez de modernizarnos, “antiguizarnos” y recuperar toda aquella sabiduría que tienen nuestros abuelos y abuelas, darles el lugar de respeto que merecen para poder avanzar como una sociedad integrada, con vistas en el futuro pero con unas buenas raíces y cimientos. Los retos que se nos presentan ahora son indudables, vivimos en una sociedad con una fuerte crisis económica y una acuciante crisis ambiental, el petróleo se agota.... Tal vez nuestro problema sea la desconexión, vivimos desconectados de la naturaleza, desconectados de los demás, desconectados de nosotros mismos. ¿No tendríamos qué retomar un poco más nuestra historia y mirar a nuestro alrededor y en nuestro interior, para poder avanzar hacia adelante?

El viento me acaricia el rostro, trata de traerme de vuelta al presente, pero me resisto, mis células se acomodaron en aquellos recuerdos y mi aliento se amarró a ellos tan fuertemente que no puedo volver, necesito olfatearlo más. Necesito construirme sobre aquellas ruinas del pasado, sobre esos cimientos sólidos y fuertes, dulces y sabrosos. Necesito encontrar los vínculos de unión, retozarme en ellos y luego organizarlos, encontrarles un lugar honorífico en los estantes de mi mente, en mi alma siempre vivieron, pero mi mente es ahora que los rescata y quiere traerlos de vuelta para no volver a perderles, por eso su lugar especial. Así, que me permito el viaje, también me lo reclama el alma, ¡que no se pierda nada!, me grita, ¡son tus semillas!, ¡son tus raíces! Poco a poco vuelvo y veo mis hijos y mi alma sigue gritando esas cosas sobre semillas y raíces y veo la conexión entre ellos y yo, y mis padres, y mis abuelos y bisabuelos y tatarabuelos, siento una línea de luz que nos cruza a todos, que nos conecta, que nos ancla. La herencia de mis abuelos ha sido la conexión con la naturaleza y el amor por la tierra y les estaré eternamente agradecida por tan dichoso legado. Ojalá todos pudiéramos gozar de esos legados.

Zoe Costa del Forcallo